

ALEJANDRO QUIROGA FERNÁNDEZ DE SOTO y MIGUEL ÁNGEL DEL ARCO BLANCO  
(Eds.): *Soldados de Dios y Apóstoles de la Patria. Las derechas españolas  
en la Europa de entreguerras*, Comares Historia, Granada, 2010, 428 págs.

#### CONTAR LA VIDA DE LOS OTROS

El género biográfico continúa produciendo cierto rechazo entre los historiadores profesionales, defensores de un objetivismo cientificista que consideran amenazado por la supuesta tendencia del género a caer en la hagiografía. La experiencia de casi cuatro décadas de franquismo explica en gran medida el rechazo de algunos hacia la biografía como mera exaltación de sujetos virtuosos. Sin embargo, no hay que retrotraerse tanto para encontrar pruebas con las que denunciar la supuesta tentación de todo biógrafo a fundirse con su biografiado; basta con echar un vistazo a la reciente publicación de los primeros 25 volúmenes del *Diccionario Biográfico Español*, una obra cargada de valoraciones subjetivas y dirigida por una institución, la Real Academia de la Historia, cuyos miembros paradójicamente justifican sus privilegios aduciendo que velan por el conocimiento objetivo del pasado. En todo caso, la reticencia de los historiadores hacia la biografía es probablemente una de las razones por las que el género ha sido devorado durante estas últimas décadas por la literatura en detrimento de la historia profesional, dedicada a satisfacer sus deseos objetivistas analizando estructuras y procesos de larga duración que sobrepasan los límites biológicos de las vidas individuales.

Contemplado de esta perspectiva, *Soldados de Dios* es sin duda un libro a contracorriente. Para empezar porque su pretensión es rastrear las distintas subjetividades creadas por el discurso antiliberal español con el fin de descifrar algunas claves de la cultura política de un pasado extraño. De ahí que la selección de sujetos biografiados resulte tan diversa. El libro editado por Alejandro Quiroga y Miguel Ángel del Arco hurga en vidas que van desde la de un liberal conservador (Antonio Maura), un católico tradicionalista (Víctor Pradera), un contrarrevolucionario (Ramiro de Maeztu) hasta la de un católico ultramontano (Enrique Pla y Deniel), un eugenista nacional católico (Antonio Vallejo Nájera), un tecnócrata autoritario (Juan Antonio Suances), pasando por las de dos dictadores (Miguel Primo de Rivera y Francisco Franco), un cura con veleida-

des nazis (Martín de Arrizubieta) o una predicadora fascista de la función social de la mujer (Carmen de Icaza). Si a tales personajes añadimos las figuras de Francesc Cambó, Aniceto de Castro Albarrán, Carlos Ruiz del Castillo, Juan Tutsquets y José María Gil Robles, el abanico que despliega el libro para intentar asir las subjetividades y la cultura de una época es un buen indicador del incipiente interés de algunos historiadores españoles por aquello que en los años 90 del pasado siglo vino a conocerse en la teoría social como la «recuperación del sujeto», esto es, la aceptación del supuesto de que la subjetividad y sus mutaciones, a menudo contingentes, condicionan los procesos y las estructuras sociales.

En *Soldados de Dios* hay un contexto temporal y espacial, la España del período que algunos han dado en llamar la «Guerra Civil Europea», a saber, 1914-1945. Sin embargo, el objetivo de rastrear algún denominador común que singularice el período se marca a partir de la sensibilidad de recrear —como indica el subtítulo del libro *Las derechas españolas en la Europa de entreguerras*—, una «comunidad sin unidad» dentro de la cual adquirieron sentido los distintos biografiados. Las subjetividades antiliberales fueron plurales y dieron lugar a interpretaciones diversas sobre el mundo y los hombres y mujeres que lo habitan. A su vez, como se refleja en un libro que huye de las naturalizaciones, tales subjetividades fueron resultado de procesos de hibridación cultural entre diversas formas de pensar el pasado y el presente. Es más, casi la totalidad de los 15 autores de *Soldados de Dios* reflejan en los distintos capítulos del libro el carácter fragmentado y dúctil de las identidades abordadas, de manera la obra no solo historiza a sus biografiados, situándolos en contextos específicos; también los temporaliza, rastreándolos, no ya *en* el tiempo, sino *a través* del tiempo, mostrando sus mutaciones identitarias. En este sentido, el capítulo de Eduardo González Calleja sobre José María Gil Robles resulta ejemplar.

Pero lo más destacado del libro es la ausencia de maniqueísmos o valoraciones fuertes en la interpretación de las vidas de aquellos otros que habitaron la España de los años treinta, lo que hace que sus autores se distancien, no epistemológicamente de su objeto de estudio —un imposible por cuanto el objeto de investigación es siempre un producto de la imaginación del historiador así como lo es su interpretación del sentido del pasado—, sino moralmente. En efecto, porque si alguna actitud común cabe identificar entre quienes habitaron aquel país construido en «blanco y negro» fue su obsesión por colonizar al otro, instituyendo estereotipos sobre lo que eran y debían ser los «verdaderos españoles». Por el contrario, en *Soldados de Dios* no hay, en general, tentaciones de clausurar aquellas vidas a través de una definitiva narración de quienes acuñaron aquellos estereotipos.

Esta obsesión por crear contraposiciones estereotipadas no fue desde luego monopolio de las derechas. Ahora bien, tras la victoria franquista en la Guerra Civil, la prolongada institucionalización de algunos referentes identitarios en

forma de hagiografías no solo fue funesta para el propio género cuyo esperanzador recorrido, iniciado tras la recepción en España de la obra de Stefan Zweig, quedó truncado por la dictadura; fue sobre todo nefasta por impedir que los españoles nos pensáramos de manera diversa, sin sufrir la represión de la subjetividad que los estereotipos producen. Desde este punto de vista, la narración de la vida de los otros, articulada a partir de arquetipos, fue probablemente el mayor poder del que dispuso el franquismo. Por eso resulta tentador emprender una suerte de «ajuste de cuentas» con los biografiados en este libro. No obstante, no hay en él veleidades vengativas. Todo lo contrario, hacia los 15 derechistas investigados hay mucha liberalidad, pues recontar la vida de algunos de ellos sin naturalizar sus biografías, haciendo hincapié en sus cambios de identidad, implica regalarles otras vidas en las múltiples e inacabadas interpretaciones que de ellos hacemos.

Dicho esto, que nuestra liberalidad se compense con su reciprocidad. Que quienes trataron de encerrarnos en sus estereotipos, trabajen para nosotros recordándonos la temporalidad de toda identidad, de toda biografía, ya sea individual ya colectiva. Y que asimismo trabajen para nosotros creándonos perplejidad ante un pasado lleno de vidas y palabras ajenas y pasajeras frente a las cuales se ponga de manifiesto la precariedad de nuestra propia identidad, de nuestros estereotipos. La pretensión de comprender la vida de los otros dejará entonces de ser actividad del historiador-anticuario, para convertirse en asunto del historiador-ciudadano, un activista que opera con el objeto de retemporalizar las creencias y valores con los que actuamos en el mundo y tratamos de manejar —y contar— la vida de los otros. Algunos lectores aducirán que contar la vida de los demás para desestabilizar las nuestras es una operación que nos aboca a debilitar las creencias democráticas en las que se funda nuestra biografía colectiva más reciente. Cabe responderles, sin embargo, que negar los fundamentos metafísicos de los referentes identitarios es el primer paso para sentirse compelido a colaborar intersubjetivamente con el otro para conservar valores que nos son queridos porque los consideramos buenos o prácticos.

Un libro humilde como *Soldados de Dios*, con sus narraciones de la vida de los otros como sujetos fragmentados y dúctiles, termina creciendo al invitarnos a hurgar en el pasado huyendo del pensamiento esencialista que atravesó la existencia de sus biografiados. Al libro quizá le falten mayores recursos narrativos para comunicar al lector la fragilidad de toda biografía, de toda identidad. Sin embargo, este es un problema que excede con mucho a sus 15 autores y que afecta a casi toda la profesión. Recurriremos a las diversas modalidades de escritura que ofrece la literatura cuando los historiadores españoles seamos capaces de superar el manido debate sobre si la historia es un arte o una ciencia y cuando nos liberemos de los abusos del discurso científico, obsesionado por explicar racionalmente actos individuales o colectivos a veces inexplicables incluso para los propios agentes que los realizaron. Cuando hayamos resuelto

nuestros problemas con la metafísica, podremos compartir con nuestros conciudadanos la idea de que contar la vida de los otros es un acto crucial de empoderamiento, motivo por el cual debería estar al alcance de todos si pretendemos pensarnos democráticamente para la vida.

*Jesús Izquierdo Martín,*  
Universidad Autónoma de Madrid